

Los Libros

LA NOVELA EN LA AMÉRICA HISPANA, por *Arturo Torres Riosco*. Berkeley (University of California Publications in Modern Philology, vol. 1, núm. 2, págs. 159-256), año 1939.

Los acontecimientos mundiales siguen acentuando la apremiante necesidad del mayor acercamiento y de la cooperación más estrecha entre los pueblos que habitan el hemisferio 'del Oeste. Para realizar finalidades tan meritorias, se ve cada día con mayor claridad que es indispensable que estos pueblos se compenetren y que se desprendan de los prejuicios que han perjudicado sus buenas relaciones hasta ahora. Uno de los medios más eficaces para fomentar este mutuo entendimiento es el estudio de las contribuciones que cada pueblo ha aportado a la herencia cultural del continente.

Dentro de los Estados Unidos existe una ignorancia casi completa de las bellas letras y artes hispanoamericanas, pero aun entre las mismas naciones de habla española la falta de familiaridad con los monumentos literarios de los países vecinos es a veces deplorable. Los crecientes deseos de acabar con este aislamiento cultural hoy encuentran para su realización pocos instrumentos en forma de historias o manuales de la literatura que sirvan para orientar al novicio, y así es que la publicación del libro que reseñamos es muy oportuna. Este trabajo del prestigioso profesor de la literatura hispanoamericana en la Universidad de California le facilitará el camino a

todo lector que desee conocer el género novelesco tal cual se cultiva en la América Hispana y, al mismo tiempo, este estudio coloca a su autor en la primera fila de los críticos de la novela hispanoamericana.

En su advertencia, el Dr. Torres Rioseco explica que su libro no es más que la primera parte de un estudio más amplio ya hecho, y nos promete un segundo tomo que tratará de los novelistas de renombre continental como Rafael Arévalo Martínez, Mariano Azuela, Eduardo Barrios, Joaquín Edwards Bello, Pedro Prado, Manuel Díaz Rodríguez, Rómulo Gallegos, Manuel Gálvez, Ricardo Güiraldes, Benito Lynch, Carlos Reyes, José Eustasio Rivera. Por lo pronto, se limita a una discusión de los antecedentes de la novela contemporánea y de las figuras menores del género, dividiendo este estudio en cuatro ensayos, a saber: introducción, la novela colonial, la novela tradicional en el siglo XIX y la novela criolla.

La penetración aguda y el criterio independiente del autor se ponen de manifiesto en cada página, y se conoce que los juicios emitidos por otros críticos, por venerados que sean, le tienen por lo general sin cuidado. Sorprende, por lo tanto, notar en el primer párrafo de su introducción la calificación tradicional de la obra de España en la América en la época colonial como «...tres siglos de teocracia, oscurantismo y barbarie...» Este juicio muy severo ha andado de pluma en pluma con tanta regularidad desde los tiempos de las guerras de la independencia y aun antes, que ha llegado a ser artículo de fe entre los críticos y legos, y parece que no hay investigación científica ni pruebas fehacientes que les convenzan de su injusticia. Estudios publicados recientemente demuestran claramente que los tres siglos de la dominación española no fueron tan oscuros ni bárbaros como los han pintado algunos historiadores, llevados más por el afán de denigrar todo lo español que por el espíritu de investigador imparcial y objetivo.

Al discutir la falta casi completa de novelas de la época

colonial, el autor afirma con razón que los libros de entretenimiento circularon libremente en las Indias y que, por consiguiente, no se puede achacar la carencia de estas obras a la muy ponderada legislación prohibitoria de «historias fingidas» como se viene alegando con tanta insistencia. Puede dudarse, por lo demás, que existiera el veto moral que sugiere el Dr. Torres Rioseco. Parece más probable que la ausencia de una producción de obras de imaginación en las colonias obedeciera a la codicia de los libreros peninsulares y al monopolio de que ellos gozaban en la venta de libros en las Indias. Sin duda las trabas que se pusieron al desarrollo del comercio y de las industrias en las posesiones ultramarinas provinieron más de los elementos comerciales que de los eclesiásticos de España, y la gran cantidad de volúmenes que fueron enviados durante toda la época colonial indica que este tráfico fué considerable y lucrativo. Sea lo que sea, la única novela auténtica escrita y publicada en las Indias apareció en los últimos años de la dominación española—*El Periquillo Sarniento*, que Fernández de Lizardi dió a luz en México en 1816—y a esta obra el Dr. Torres Rioseco consagra varias páginas.

La novela *sui generis* empieza realmente a tomar forma en la novela tradicional del siglo XIX, aunque sus primeras manifestaciones no eran sino serviles imitaciones de modelos europeos. En esta sección el autor trata con admirable objetividad las obras de los argentinos Mármol, Echeverría y Sarmiento, escritas durante la dictadura de Rosas; una miscelánea de novelas románticas muy rudimentarias; las obras de Isaacs, Blest Gana y Ricardo Palma, y, por último, los primeros representantes mexicanos y sudamericanos de las escuelas del realismo y del naturalismo. Parece que en este bosquejo sumamente interesante del género novelesco del siglo pasado el autor ha preferido prescindir de una discusión de la novela histórica que tuvo sus empedernidos cultivadores en varios países, y con especialidad en México. Echamos de menos, por lo tanto,

en este ensayo nombres de escritores tan distinguidos como Payno, Heriberto Frías, Riva Palacio, Enrique Olavarría y Juan A. Mateos, lo cual nos extraña, pues puede afirmarse que estos novelistas mexicanos han aportado tanto o casi tanto al desarrollo de la novela hispanoamericana como algunos escritores que han merecido la atención del autor en su estudio.

Para muchos lectores, la última sección tendrá sin duda el mayor interés, puesto que trata de la llamada «novela criolla», su definición y sus cultivadores más destacados. Es ésta el tipo de novela más auténtico que hasta ahora ha surgido en la América Hispana, y su aparición significa un rompimiento definitivo con la tradición europea y un nuevo derrotero para la novela en América, pues se inspira en temas netamente americanos empapados en el ambiente puramente local. En este capítulo desfilan ante el lector: la novela gauchesca (que el autor califica, atinadamente, «el mester de gauchería»); las obras de los rioplatenses Payró, Rodríguez Larreta, Quiroga y Martínez Zuviría (Hugo Wast); la novela campesina de Chile; la novela indianista de Bolivia, el Perú y el Ecuador; las novelas de la revolución mexicana; y, por último, las manifestaciones más recientes del género novelesco en las Antillas y en Centro-América.

El plan de esta obra, tomado en conjunto, se parece bastante al del profesor César Barja en su serie de tomos sobre la literatura castellana, pero es muy probable que el Dr. Torres Rioseco, como *pioneer* en el campo relativamente inexplorado de la novela hispanoamericana, preste un servicio de aun mayor trascendencia no sólo a los estudiosos, sino también al público en general, cuyo interés en las letras de Hispano-América aumenta diariamente. Se esperará con impaciencia la publicación del segundo tomo de ensayos sobre los novelistas más grandes, y nos parece que convendría publicar las dos partes en un solo tomo y con paginación consecutiva.

En el presente tomo es muy de lamentarse que la impre-

ta de la Universidad de California siga ofreciendo sus publicaciones en serie con paginación consecutiva y no individual, pues este procedimiento no sirve sino para confundir al lector y dar a la impresión carácter de *separata* o sobretiro. Y diríamos de paso que una obra de divulgación tan importante como ésta seguramente merece los honores de una traducción al inglés, para ponerla al alcance de un público bastante numeroso en los Estados Unidos.—IRVING A. LEONARD.

(De la Revista Hispánica Moderna).



EL ROSTRO DE LA PATRIA, por *Arturo Cambours Ocampo*

En preciosa edición «Hipocampo» y dedicado a Eduardo Mallea aparece este poema del autor de «Mucho cielo». Argentina tremola en «El rostro de la patria», como una música que hipnotizara las fuentes de la sangre:

«El rostro de la Patria, humanizado,
está en la sangre de nuestras estrellas
contempladas aquí, en Buenos Aires,
cenizas de ciudad y de vigiliás».

Arturo Cambours Ocampo, frente al espejo ceniciento de Europa, vuelve su timón sentimental hacia la espiga gaucha y hunde, amorosamente, su sangre en el oro criollo para ser, una vez más y para siempre, americano:

«Está en el silencio de las piedras
y en las crines de todos nuestros potros».

La gota de sangre que maldice el mapa ha tenido, en virtuosa resonancia, la propiedad de llevar hasta el reconocimien-